

# La cerámica en la región cantábrica desde el inicio de la repoblación hasta la aparición del vidriado

Javier Peñil Mínguez, Ramón Bohigas  
Roldán y Rosa Jimeno García-Lomas

Para la elaboración de la presente comunicación, ha sido necesario revisar cientos de fragmentos depositados en los almacenes del Museo de Prehistoria de Santander. La mayor parte de ellos, proceden de excavaciones o prospecciones realizadas en la primera mitad del siglo, años en los que en España no existía aún una preocupación por los restos arqueológicos medievales, por lo que no eran tenidos en cuenta en las estratigrafías, llegando el desprecio hasta el punto de olvidar anotar la procedencia de los materiales, hecho que nos ha planteado enorme dificultad a la hora de abordar su estudio.

A pesar de todo, consideramos, que estas viejas colecciones hay que valorarlas positivamente, ya que nos posibilitan de momento la obtención de valiosas informaciones acerca de pastas, decoraciones, dispersión de los productos cerámicos, etc., datos necesarios para establecer unas premisas mínimas de hipótesis, que se irán decantando a medida que las investigaciones sobre materiales procedentes de excavaciones recientes empiecen a publicarse.

En primer lugar, hay que hacer referencia a la inexactitud del término cronológico de «Repoblación» (García, 1966; Calleja, 1976; Calleja, 1977 y Rincón, 1977), cajón de sastre donde van a parar todos aquellos yacimientos con materiales cerámicos de características medievales y en los que el vidriado no hace acto de presencia. La falta de un fósil-guía dificulta enormemente las tareas de periodización para la etapa que cubre los siglos VIII al XIII, por lo que hemos elaborado para cada yacimiento unas gráficas donde se reflejan seriaciones de formas, decoraciones y aspectos tecnológicos. Partiendo de este trabajo, aún no concluido en el momento de redactar estas líneas, podemos diferenciar claramente dos momentos:

## 1.º CERAMICAS DE REPOBLACION PROPIAMENTE DICHAS

Este tipo de cerámica se fragua a lo largo del período que va desde el s. V al VIII, siendo heredera de las tradiciones cerámicas indígenas supervivientes al proceso romanizador. Las gráficas acumulativas elaboradas con los materiales procedentes de la excavación de Monte Cilda (Olleros de Pisuerga, Palencia) (García Guinea, Iglesias Gil y Caloca Dobárganes, 1973), son muy elocuentes al respecto, a pesar de que adolece de un estudio amplio de formas y de los aspectos tecnológicos. Estas gráficas reflejan el inicio de las cerámicas grises estriadas tan abundantes en el mundo altomedieval a partir del segundo nivel (s. V-VI), aumentando considerablemente en el primer estrato (s. VI-VIII). Hay que destacar la pervivencia de la cerámica que se denominó «cántabro-vaccea» hasta el primer nivel, lo que nos llevaría a enlazarla directamente con la cerámica pintada medieval, hecho que nos permite afirmar que no existe ruptura, sino que la cerámica pintada medieval es heredera de aquella cerámica típica de la Segunda Edad del Hierro, que con la romanización no desaparece sino que resurge con gran fuerza a partir del Bajo Imperio, tal y como nos lo demuestran los estudios realizados por J. L. Argente (Argente Oliver, 1972), perviviendo tímidamente en el sector oriental de la vertiente meridional de los montes cantábricos hasta los albores del s. VIII. A partir de esta centuria alcanzarán una gran difusión, expandiéndose mediante el proceso repoblador a las zonas colindantes con el núcleo castellano. Por tanto, las gráficas de Cildá reflejan la permanencia continua de la técnica de la decoración pintada durante los siglos comprendidos entre el II a. C. y el VII d. C. Esta continuidad pone en entredicho

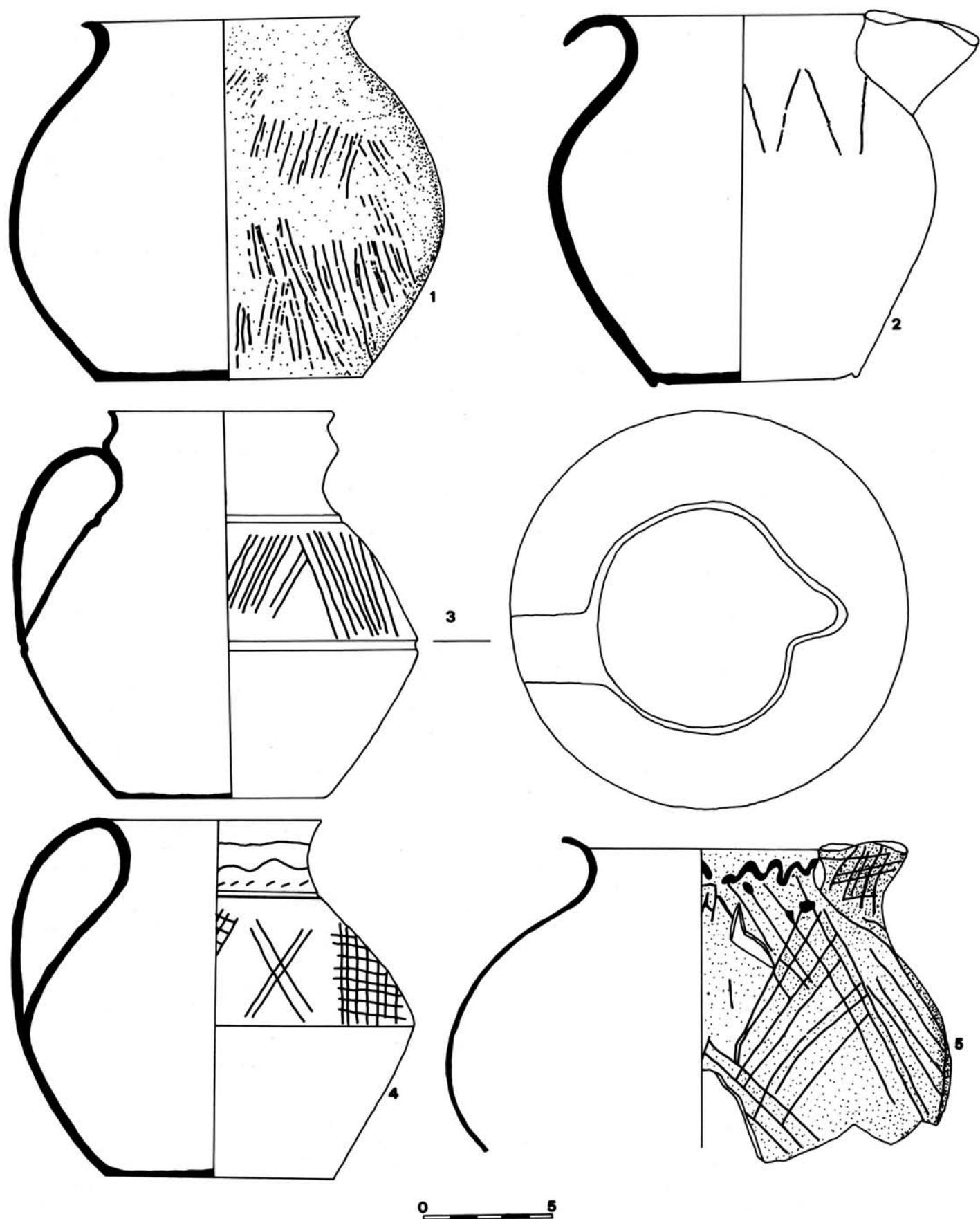


Figura I: 1. Monte Cildá; 2. Cueva de Cuatribú; 3-5. Los Castillos de Barriopalacio; 6. Cueva de Cualventí.

las teorías esbozadas por algunos autores que adscriben (Whitehouse, 1966 y Hurst y Tischler, 1969) que adscriben el origen de la cerámica pintada en tonos rojos o achocolatados a un único centro desde donde se difundiría por las diversas regiones de Europa Occidental. Los hallazgos de Beauvais (Lemán, 1972) inciden en el mismo sentido al poner en cuestión la hipótesis, defendida durante mucho tiempo, de la extinción en Francia de la técnica de la decoración pintada en la época del Bajo Imperio. Estas consideraciones nos llevan a plantear la posibilidad de que la cerámica pintada apareciera simultáneamente en diversos núcleos independientes entre sí, a partir de los cuales surgirían las diferentes variedades locales.

Los yacimientos de este período de «Repoblación», vendrían definidos por lotes de cerámicas con las siguientes características:

1.º Predominio absoluto de las cerámicas lisas o estriadas en el modelado de la vasija.

2.º Formas muy homogéneas, con un tipo predominante que es la vasija globular de tipo «olla» (Fig. I, 1).

3.º Ahora surge un nuevo tipo de vasija globular con un apéndice o gollete trilobulado de tipo «cenochoes», como la vasija procedente de la cueva de Cuatribú (Fig. I, 2). La posición de estos apéndices dentro del conjunto del vaso suele ser descentrada con respecto a su eje.

4.º La cerámica pintada es bastante escasa, aumentando paulatinamente a medida que nos aproximamos al s. XI. El caso de Aguilar de Campó es un claro exponente de la evolución de esta cerámica. En la zona elevada donde se asienta el castillo, en una de sus laderas apareció un lote de cerámicas que responde a las características de los materiales de «Repoblación». Por el contrario, en la zona llana donde se ubica el núcleo urbano (García Bellido, Fernández de Avilés y García Guinea, 1970) se realizó una excavación en 1958 que descubrió tres niveles. El segundo, venía caracterizado por la presencia casi exclusiva de cerámica pintada. Por tanto, aquí se reflejan dos tipos de poblamiento que responden a condiciones distintas. El uno, ocuparía la zona elevada y se define por la presencia de la cerámica de «Repoblación», en un momento de mediados del s. IX, en que el avance repoblador castellano apenas se había asomado tímidamente a las llanuras de la cuenca sedimentaria del Valle del Duero. El otro, sugiere ya un establecimiento definitivo, configurado en los s. XI-XII, al que correspondería este segundo estrato.

5.º Las asas adoptan forma de cinta, siendo poco comunes las perforaciones mediante puntos incisos, tan características de los siglos posteriores.

6.º Las vasijas están trabajadas a mano, aunque han debido ser acabadas probablemente mediante el empleo de la torneta, técnica utilizada hasta hace muy poco tiempo por los alfareros de la zona de Mazcuerras (Cantabria).

## 2.º PERIODO DE EXPANSION CASTELLANA (S. XI-XIII)

Estos siglos van a marcar el paso de una cerámica regional de tipo marginal a otra que participa de las características comunes a las producciones cerámicas de otras regiones españolas del área cristiana. Cantabria se va a incorporar definitivamente al hacer cerámico del resto de los territorios cristianos, donde las influencias del mundo musulmán van a tener una trascendencia capital en el desarrollo de nuevas formas.

Los siglos XI y XII van a estar caracterizados por una gran variedad de formas, centrándose estas innovaciones especialmente en bordes y cuellos. Las formas dominantes son en esta época vasijas de panza esférica, largo cuello que a veces describe una ese muy estilizada, aunque lo más habitual es que adopten formas rectas, con bordes semicirculares. Estas formas serán muy frecuentes durante toda la Baja Edad Media. En este mismo momento se difunden los cuencos semiesféricos, las escudillas y los grandes platos hondos o fuentes, las vasijas carenadas, así como las grandes jarras panzonas con una sola asa y boca trebolada. Los soleros planos tienden a ser desplazados por el inicio de un tímido reborde. Las «ollas» suelen presentar cuellos más sobreelevados con elemento interno de encaje de tapadera. Ahora las decoraciones pintadas van a tener su máximo esplendor.

En la segunda mitad del s. XI, va a surgir un taller alfarero especializado en cerámica pintada (Fig. I, 3-5). Sus productos se encuentran dispersos por todo el territorio de la merindad de Campó. Esta cerámica, ha sido fechada en los hallazgos de Barriopalacio por una moneda de Alfonso Ramírez de Aragón, del tránsito del s. XI al XII, y en Castrillo del Haya, situado como el anterior dentro de los límites de Cantabria, por una moneda de Alfonso VI de Castilla (1.075-1.109).

Las producciones de este alfar corresponden a vasijas carenadas. Los motivos decorativos aparecen ordenados por principios plásticos que imponen por un lado la propia forma del vaso y su superficie y, por otro, las modas y tradiciones del momento. Así en las vasijas globulares —ollas y jarras— con cuellos vueltos y rectos, las decoraciones pintadas se disponen sobre éstos obedeciendo a dos modalidades muy semejantes:

1.º motivo ondulado, de trazo grueso, enmarcado entre dos rectas paralelas,

2.º motivo formado por dos rectas paralelas, donde el rasgo ondulado ha desaparecido. Este motivo, es el más frecuente.

El trazo inferior, es una recta que coincide normalmente con el arranque del cuello. Cuando este rasgo falta, es substituido por una línea incisa o una moldura cóncava realizada por un trazo pintado. De aquí partirán las decoraciones que recubran la panza: motivos reticulados separados por líneas verticales o aspas, motivos formados a base de rectas oblicuas que forman uves, etc. Asociados a estas decoraciones aparecen en los yacimientos de campo de San Sebastián (Retortillo) y Aldueso (Fig. II, 1 y 4), unos motivos diferentes, enrejados enmarcados entre metopas. En las vasijas carenadas las decoraciones cubren únicamente la mitad superior a partir de la carena. Las molduras cóncavas, suelen ser aprovechadas para separar los distintos conjuntos decorativos. Las vasijas con cuello troncocónico, posiblemente cántaros, suelen llevarlos decorados con trazos gruesos e inclinados, la misma composición decorativa se advierte en los platos y las fuentes. Las asas, se decoran mediante incisiones profundas y trazos perpendiculares al eje del asa.

En la primera mitad del s. XIII, va a aparecer un nuevo alfar especializado en la fabricación de vasijas panzudas y boca cuadrada. Algunas van decoradas con trazos pintados o una banda de líneas estriadas. Las producciones de este alfar presentan una distribución costera, encontrándose sus vasos por el todo el litoral de Cantabria e, incluso, en la región asturiana (Fig. II, 3).

Son típicas de este momento más tardío, las jarras de cuello alto, recto y de labios semicirculares. Las jarras, de labios

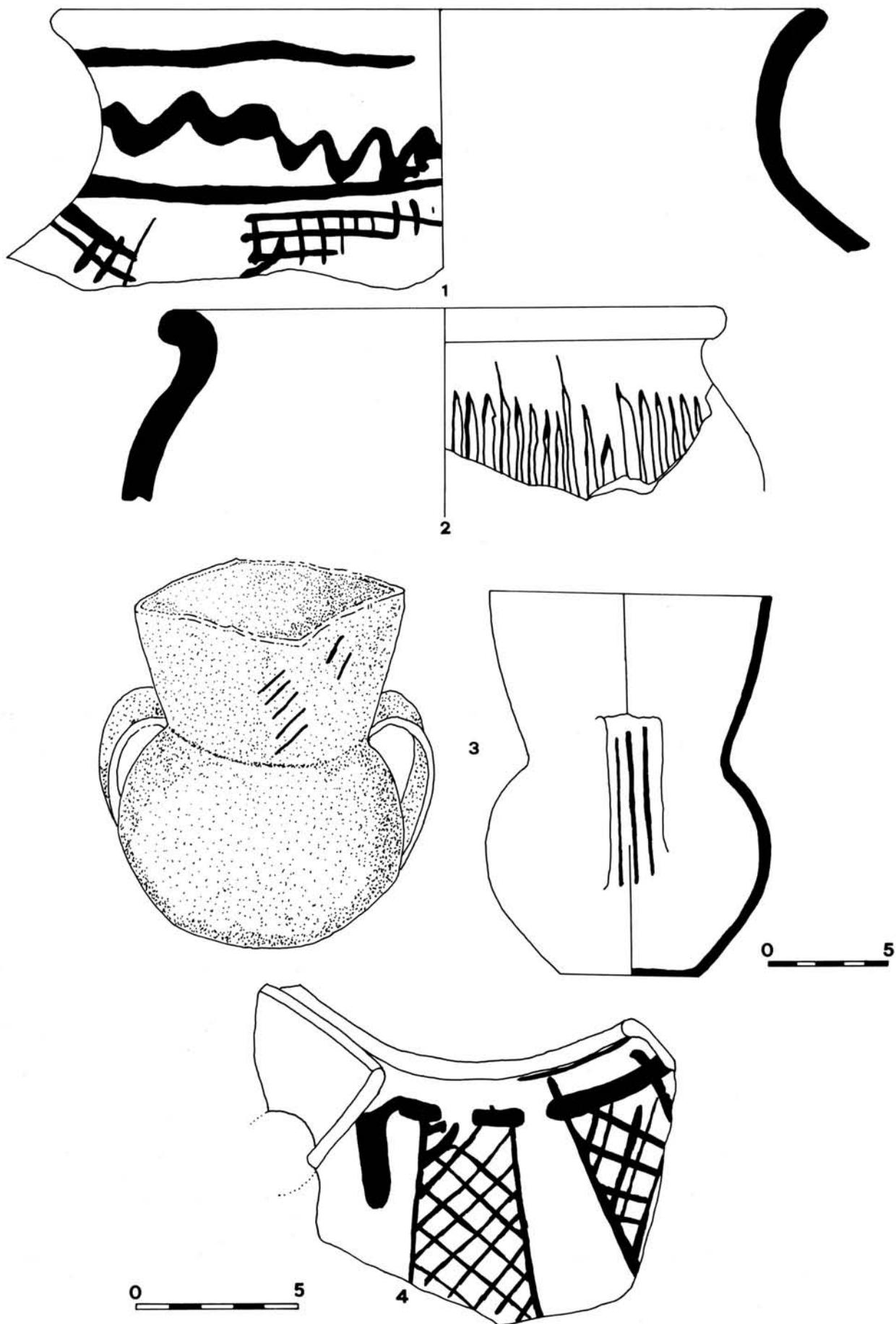


Figura II: 1 y 4. Retortillo; 2. Cueva del Moro; 3. San Román de Escalante.

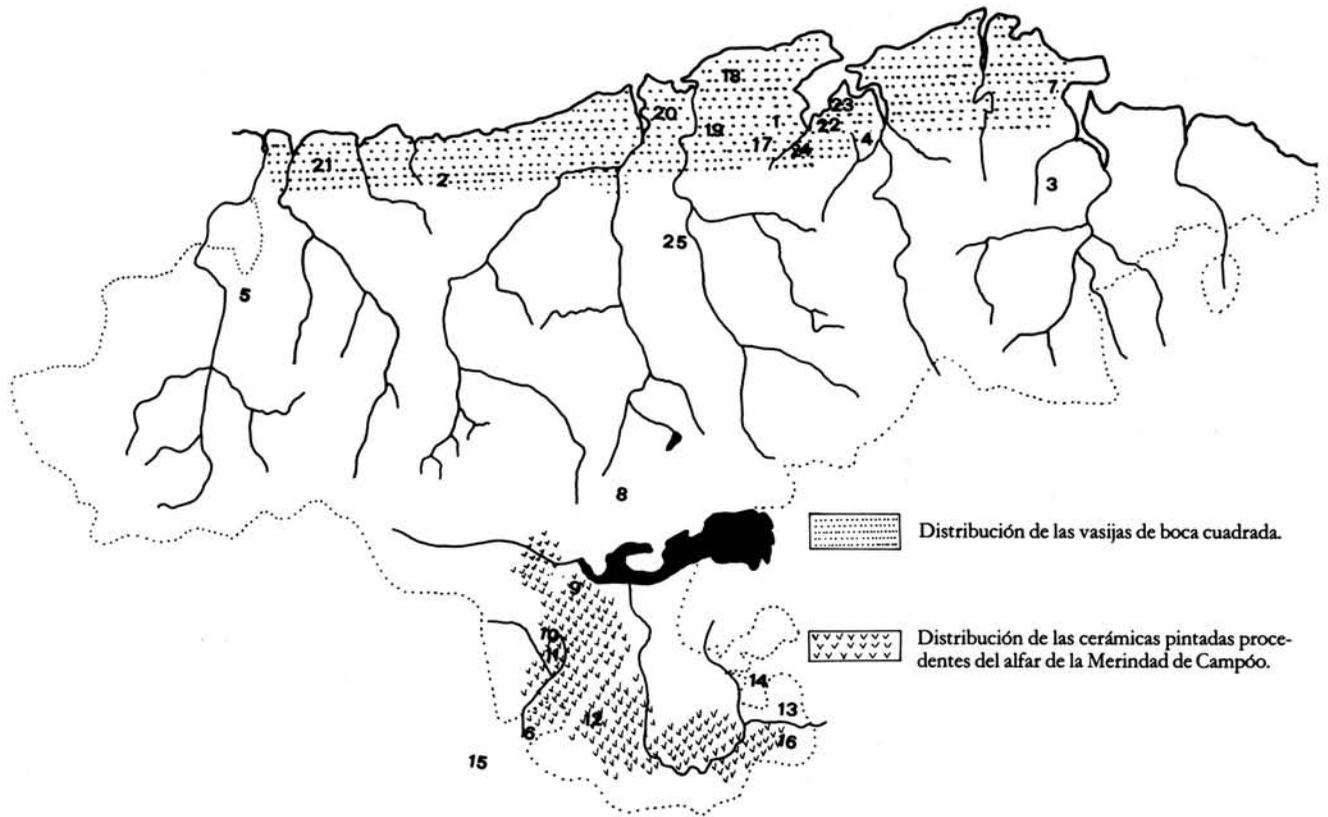


Figura III: Mapa de dispersión de los yacimientos con cerámica pintada y de Repoblación. 1. Camargo; 2. Comillas; 3. San Miguel de Aras; 4. Solares; 5. Piñeres; 6. Villanueva de Henares; 7. San Román de Escalante; 8. Aldueso; 9. Retortillo; 10. Castrillo del Haya; 11. Rebollo de Camesa; 12. San Cristóbal del Monte; 13. Santa María del Hito; 14. Presillas de Bricia; 15. Aguilar de Campoo; 16. San Martín de Elines; 17. Cueva del Pendo; 18. Cueva de los Cirrios; 19. Cueva de las Cubrizas; 20. Cueva de Cudón; 21. Cueva de Fuentelacueva; 22. Cueva de los Moros (San Salvador); 23. Cueva del Moro (Gájano); 24. Cueva de Morín; 25. Cueva de Castillo.

trebolados, disminuyen en una proporción importante. Son muy frecuentes las decoraciones estriadas ordenadas en bandas. Ahora las decoraciones a base de trazos pintados van a desaparecer ante la irrupción de las técnicas del vidriado. En los niveles superiores del yacimiento de la Casa de la Matra de Castro-Urdiales (Cantabria) aparecen una serie de fragmentos decorados a base de rasgos pintados, casi negros, y pequeños goterones de vidriado plúmbeo en el que se observan pequeñas motas de color verde oscuro rodeadas por un halo verde claro, que se destaca sobre un fondo amarillo. Pensamos que estos niveles representan el final de la cerámica pintada de tonos rojos o achocolatados.

### 3.º LOS MATERIALES CERAMICOS EN CUEVAS

Un capítulo aparte por su importancia y complejidad constituyen los restos cerámicos encontrados en cuevas, en

las que viene siendo frecuente el hallazgo de cerámicas no vidriadas, de características a las de la cerámica encontrada en el exterior, aunque no se observan diferencias radicales, como muestra la vasija de Cualventí (Fig. I, 6) perfectamente homologable con las exteriores, mientras en algún caso aislado hay pequeñas novedades como es el predominio de los motivos incisos, algunos muy relacionados con el mundo asturiano (Castillo de Siero) (Fig. II, 2) como sucede en la cueva del Moro de Gajano.

El descubrimiento de estas cerámicas se produce siempre en niveles superficiales que no pueden ser considerados como el testimonio de una ocupación permanente de la cueva, sino más bien, como la plasmación de una presencia esporádica y ocasional. La responsabilidad de esta ocupación se puede atribuir a la utilización discontinua, pero prolongada de las cuevas, por parte de una población flotante —dedicada posiblemente a una actividad ganadera de trashumancia— que deja sus huellas en forma de materiales cerámicos, pero nunca de niveles de ocupación.

## CONCLUSIONES

Ante la falta de excavaciones medievales realizadas metódicamente en la zona estudiada, somos conscientes de que lo expuesto en esta comunicación sólo puede servir provisionalmente como hipótesis de trabajo. Para aclarar los problemas y lagunas que el estudio de las cerámicas medievales presenta en el momento actual, es precisa la realización de un amplio programa de excavaciones que se extienda por todo el territorio que nos ocupa. Este conjunto de trabajos permitirá, sin duda aumentar la base material sobre la que nos apoyamos en la actualidad. Ahora bien, dentro de este programa de excavaciones, los trabajos se han de organizar en un doble plano. Por un lado se ha de atender a la excavación sistemática de yacimientos con un amplio espectro temporal de ocupación, en los que se pueda establecer la evolución precisa de los materiales cerámicos. Pero, por otro lado, la excavación ha de extenderse a yacimiento de corta ocupación, delimitada perfectamente a través de las fuentes documentales, lo que puede ayudar a contrastar y fechar con más precisión los materiales descubiertos en amplias series estratigráficas como la del yacimiento de Peña Amaya, ejemplo de estación con una prolongada ocupación durante el Medievo, contrastada y confirmada tanto a través de los restos materiales como por las fuentes documentales.

Lo último a señalar de los principales yacimientos en que aparecen cerámicas de cada una de estos períodos es su relación. Por lo que se refiere a la primera etapa de los s. VIII al

X, tenemos yacimientos costeros, como el Castillo de Escobedo, o de la zona interior, como las laderas del Castillo de Aguilar de Campó, Villanueva de Henares o el nivel IV de la excavación realizada ante la iglesia rupestre de las Presillas de Bricia. Este último, puede fecharse con una aproximación relativa por relacionarse con el mundo de las iglesias rupestres (Carrión Irún y García Guinea, 1968), cuya construcción en esta zona se ha supuesto anterior a la reocupación de Amaya en el año 860.

A la segunda etapa de los s. XI al XIII corresponderían la mayor parte de los yacimientos existentes en la merindad de Campó, el núcleo del condado de Saldaña y algún asentamiento costero, como San Román de Escalante. Entre todos ellos, los situados dentro de los límites de la merindad de Campó presentan una gran homogeneidad por cuanto se refiere a las pastas, las formas y la decoración de los vasos cerámicos. Esta misma homogeneidad contrasta con las características de las cerámicas de otras zonas, como la confluencia de los ríos Carrión y Pisuerga (Tariago de Cerrato) (Calleja, 1976 y Calleja, 1977) o el norte de la provincia de Burgos (Mijangos).

Esto permite suponer la existencia de centros comarcales de la producción cerámica, configurados como resultado de una evolución en la cual la intensidad de las influencias exteriores han sido muy variadas según las zonas. Por lo que se refiere a la zona campurriana, esta evolución parece continuar las tradiciones cerámicas autóctonas, débilmente matizadas por las aportaciones del exterior.

## BIBLIOGRAFIA

- ARGENTE OLIVER, J. L. (1979): «La villa tardo-romana de Baños de Valdearados (Burgos)», *E.A. en E.*, 102.
- CALLEJA, M. V. (1976): «Excavaciones arqueológicas en Tariago de Cerrato», *P.I.T.T.M.*, 37, pp. 79-83.
- CALLEJA, M. V. (1977): «Cerámicas de Repoblación de Tariago de Cerrato (Palencia)», *Saut.*, II, pp. 381-392.
- CARRION IRUN, M. y GARCIA GUINEA, M. A. (1968): «Las iglesias rupestres de época de Repoblación de la región cantábrica», *Actas del Congreso Luso-Español de Estudios Medievales*, Porto, 1968, pp. 309-311.
- GARCIA BELLIDO, A.; FERNANDEZ DE AVILES, A. y GARCIA GUINEA, M. A. (1970): *Excavaciones y exploraciones arqueológicas en Cantabria*, pp. 36-43.
- GARCIA GUINEA, M. A. (1966): «Sobre las cerámicas altomedievales de la Meseta Norte y Cantabria», *IX C.A.N. 1965*, pp. 415-418.
- GARCIA GUINEA, M. A.; IGLESIAS GIL, J. M. y CALOCA DOBARGANES, P. (1973): «Excavaciones en Monte Oildá (Olleros de Pisuerga, Palencia) (1966-69)», *E.A. en E.*, 82.
- HURST, J. G. (1969): «Introduction» to «Red-painted and glazed pottery in western Europe from eighth to twelfth century», *Med. Archaeo.*, pp. 93-98.
- LEMANN, P. (1972): «La ceramique peinte du moyen age decouverte a Beauvais», *Archeol. Mediev.*, II, pp. 187 y ss.
- RINCON VILA, R. (1977): «Cerámicas medievales de Castrojeriz», *Saut.*, I, 1975, pp. 271-288.
- TISCHLER, J. G. (1969): «Palencia - Pingsdorf - Bizantium», «Red-painted and glazed pottery in western Europe from eighth to twelfth century», *Med. Archaeo.*, XIII, pp. 99 y ss.
- WHITEHOUSE, D. (1966): «Medieval painted pottery from south and central Italy», *Med. Archaeo.*, X, pp. 30-44.

## Abreviaturas

- Archeol.Mediev: *Archeologie Medievle.*  
C.A.N: *Congreso Arqueológico Nacional.*  
E.A. en E: *Excavaciones Arqueológicas en España.*  
Med. Archaeo: *Medieval Archaeology.*  
P.I.T.T.M: *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses.*  
Saut: *Sautuola.*